



THE HORUS HERESY®
PRIMARCHS

GRAHAM McNEILL
**MAGNUS
EL ROJO**
SEÑOR DE PROSPERO

minotauro

THE HORUS HERESY®
PRIMARCHS



minotauro

Primarchs nº 03 Magnus el Rojo: Señor de Prospero

Published by Black Library, 2016
Copyright 2025 © Games Workshop Limited.

Magnus the Red: Master of Prospero, Primarchs nº 03 Magnus el Rojo: Señor de Prospero, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o ™, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Reservados todos los derechos.
Originally published as *Magnus the Red: Master of Prospero*

Games Workshop Limited,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado, 2024
Ilustración de cubierta: Mikhail Savier
Revisado por: dtm+tagstudy

ISBN: 978-84-450-1857-6
Depósito legal: B. 13.885-2024
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros



UNO

ZHARRUKIN • EL PRIMARCA DE LA DECIMOQUINTA •
EL SEÑOR DEL HIERRO

El polvo se arremolinó como un vórtice en miniatura en la palma de Atharva, según los elementos que lo componían giraban por los caprichos de los campos magnéticos del planeta, cada vez más caóticos. Si bien era imprudente permanecer en las ruinas de Zharrukin en vista de la tormenta magnética que se les venía encima, los Thousand Sons no abandonaban a la ligera el conocimiento adquirido por generaciones perdidas.

Un viento cinéreo aulló a través de las estructuras rotas y todo lo que se había venido abajo, un lamento de la gloria perdida de la ciudad. En otros tiempos debía de haber sido magnífica, pues el tamaño y la disposición de los tocones de mármol agujereado que quedaban indicaban que había albergado unas construcciones enormes de piedra pulida y cristal reluciente.

Zharrukin se extendía desde la parte inferior escarpada de las montañas y seguía el canal del amplio valle del río, tan recto que resultaba antinatural. Mil años o más habían transcurrido desde que la ciudad estuvo habitada, y la naturaleza había in-

vadido muchos de sus cañones de plasticemento y carreteras destrozadas.

La arquitectura era anterior a la Vieja Noche, hecha a medida y sin la modularidad que llegó a caracterizar la estética de la expansión ultrarrápida de la humanidad entre las estrellas. Lucero había sido uno de los primeros asentamientos de la edad dorada de la exploración, y Zharrukin, una de sus primeras ciudades.

—¿Fue aquí donde el primer rey de Lucero erigió su capital? —preguntó Atharva conforme el polvo le danzaba en la mano—. ¿Por qué vuestro mundo fue el único que quedó intacto ante la locura y esta ciudad cayó de todos modos? ¿Acaso la soberbia o la codicia acabó con vosotros? ¿O es que os había llegado la hora y ya? Ojalá pudiera hablar con vosotros. ¿Cuánto podríais enseñarme?

Sabía que estaba siendo demasiado sentimental, pero pensar en que el conocimiento podía pasar al olvido era algo tan doloroso para él como una herida de bala. Se tranquilizó al recurrir al plano elevado de los pensamientos, algo que los grupos recién formados en la legión, los Cultos, habían denominado «Enumeraciones».

Si bien había leído variantes de aquella técnica en los pocos textos aquemenios que habían sobrevivido a la purga del cardenal Tang de la biblioteca Shi-Wu, solo había empezado a perfeccionar la técnica después de salir de Prospero. Las Enumeraciones lo ayudaban a centrarse por completo en la tarea que tuviera por delante, a formar la arquitectura mental necesaria para enfrentarse a cualquier situación.

Atharva examinó las partículas que le danzaban en la mano, cada vez con unos giros más complejos. Las partículas de óxido de hierro relucían: eran los restos de algo ancestral y metálico, reducido a polvo en medio de la ciudad en ruinas desde hacía mucho tiempo. Buscó el significado en los patrones, reflejos del

futuro entretejidos en las interacciones aleatorias del giro del polvo. La adivinación siempre había sido en lo que se había centrado, pero encontrar el significado en las profundidades del Gran Océano era complicado en cualquier ocasión.

Apartó la vista del polvo rojo danzante para mirar de reojo la curvatura de su hombrera izquierda. Grabado en un color marfil pálido sobre escarlata estaba el símbolo de la estrella serpentina de los Thousand Sons.

Y en su interior estaba el ojo abierto de su nuevo Culto.

«Athanaean.»

El nombre le parecía nuevo, aunque evocaba una sabiduría ancestral, una época en la que los eruditos ancianos estudiaban una gran cantidad de tomos curiosos y pintorescos, llenos de conocimiento olvidado. Atharva conocía de sobra el significado místico de las denominaciones, y aquel en concreto contenía un gran poder. Las enseñanzas del Culto (del mismo modo que ocurría con el Corvidae, el Pavoni y el resto) le otorgaban un poder con el que ni siquiera se había atrevido a soñar. Le permitían lograr hazañas prácticamente inauditas en los días anteriores a Prospero.

Antes del renacimiento de la legión.

Relajó las barreras en el interior de su mente y permitió que el Gran Océano le surcara el cuerpo. Fluyó hacia él como el agua a través de una serie compleja de acueductos, dirigido y transformado por los pensamientos de la tercera Enumeración.

Se emocionó al notar que lo desconocido se tornaba conocido, que las posibilidades invisibles y no escritas salían a la luz. Una imagen tentadora se le formó en la mente, un atisbo fugaz de una ciudad onírica en lo alto del mundo, con chapiteles fundidos conforme el mundo ardía a su alrededor.

«¿Esa fue la perdición de Zharrukin?»

—¿Qué haces? —preguntó una voz amortiguada a sus espaldas, y el momento se esfumó. Las llamas desaparecieron

de su vista, y Atharva apagó la energía que se acumulaba en su interior con un suspiro, conforme la realidad terrenal del mundo volvía a adquirir su lugar.

—Pensaba —repuso, abriendo los dedos del guantelete para dejar que el viento que aullaba por la ciudad se llevara el polvo.

Atharva se limpió lo que le quedaba de polvo, se volvió y se enderezó en el centro de aquella carretera batida por el viento. El color escarlata de su armadura corpulenta reflejaba la luz torturada del firmamento y la hacía relucir como si estuviera atravesando una capa de aceite.

Una mujer de proporciones elegantes y tez color negro carbón estaba frente a él, enfundada en una túnica de color brillante y con un patrón geométrico entrelazado. Había asumido que su atuendo era ceremonial al conocerla, pero desde entonces se había enterado de que tenía cierto significado en su cultura: indicaba una posición erudita entre las gentes de las regiones del ecuador.

Tras ella, una Stormbird de la legión y dos transportes de clase Cervantes se refugiaban de la tormenta venidera bajo un saliente de roca. Sus motores retumbaban, cargados de energía, y aceleraban preparándose para arrancar.

—Conservadora Ashkali —la saludó—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Niko —lo corrigió ella—. Creo que ya llevamos tiempo suficiente explorando estas ruinas antiguas como para pasar por alto las formalidades, ¿no crees?

—Como prefieras —repuso, a pesar de que ambos sabían que no iba a pasar a llamarla por su nombre de pila.

Niko Ashkali era la conservadora de mayor rango de Lucero: si bien había nacido en Terra, se sentía oriunda de aquel planeta. Lideraba las excavaciones de las ruinas de Zharrukin y alrededores, y ya había demostrado ser una académica rigurosa y perspicaz. Llevaba su melena de color acero atada en

un pañuelo con patrones, y las gafas oscuras de su respirador ocultaban sus rasgos.

Se subió las gafas, con lo que desveló unos ojos color verde intenso en unas cuencas llenas de arrugas. Se protegió los ojos del polvo que flotaba en el ambiente y señaló hacia el cielo.

—Tenemos que evacuar la zona de excavación —dijo, con la voz amortiguada por el filtro de polvo que le cubría la boca—. Los miembros del Meteorologicus dicen que la tormenta magnética llegará en una hora o más, lo que seguramente signifique que será dentro de unos diez minutos, más o menos.

Atharva alzó la mirada hacia las montañas del este. Las detonaciones destellantes de una tormenta magnética colosal marchaban por encima de las cumbres. Resultaba imposible ver hacia qué lugar las iba a lanzar el tiempo impredecible del planeta.

—El frente de la tormenta desciende para pasar por la llanura —dijo—. Imagino que pasará lejos de Zharrukin.

—O también podría cambiar de rumbo en cualquier momento —repuso Ashkali—. Si nos cae encima, lo destrozará todo con la lluvia magnética y los rayos. Cualquiera que siga aquí perderá la vida.

A pesar de que Atharva no quería salir de Zharrukin, quedarse implicaba arriesgar la vida de los arqueotécnicos de la conservadora, así como todo lo que habían desenterrado hasta el momento.

—Tienes razón —dijo—. Preparaos para marcharnos.

—¿Y tu señor? ¿Sigue por ahí?

Atharva dudó antes de contestar.

—Así es. Haz que los tuyos vuelvan a sus naves.

Ashkali vaciló, pero terminó asintiendo y habló a través del comunicador integrado en su respirador para transmitir la orden de retirada. Atharva se dio media vuelta para dirigirse a su Stormbird y hacer lo mismo, aunque en su caso

mandó la orden a sus guerreros mediante un pulso telepático. En cuestión de cuarenta y cinco segundos, los legionarios de armadura escarlata surgieron de distintas partes de las ruinas, cada uno de ellos seguido por un servidor de carga que llevaba los frutos de sus excavaciones.

Abordaron la Stormbird sin decir ni una sola palabra y guardaron sus hallazgos en la bodega antes de atarse a los bancos contorneados del casco interior de la cañonera.

Los acompañantes de Ashkali tardaron más en volver y se apresuraban hacia los transportes que los esperaban, sumidos en un pánico casi sin disimular. La tormenta empeoraba, y el firmamento parpadeaba con manchas solares radioactivas y supertormentas atmosféricas hirvientes.

Al ver que las condiciones meteorológicas empeoraban, la conservadora dirigió la evacuación con una mayor eficiencia y se aseguró de que todo lo que habían hallado quedara registrado en su placa de datos de bronce.

Phosis T'kar fue el último en subir a bordo, y el teniente se detuvo al llegar ante Atharva. El polvo le cubría los surcos de la armadura y emitía un aura hostil, pues su mente era la de un erudito que ataca una obra con un razonamiento de fuerza bruta. Por mucho que su metodología no fuera elegante, sí que conseguía resultados.

—¿Dónde está? —preguntó.

—Aquí no —repuso Atharva, observando cómo la tormenta descendía sobre la zona más alejada de Zharrukin.

—Eso no es lo que te he preguntado.

—Lo sé.

—Debería estar aquí.

—Sí, así es.

—Entonces, ¿dónde está?

Atharva no respondió, sino que se limitó a alzar la mirada hacia las montañas conforme la tormenta asediaba el terreno

más allá de los límites de la ciudad. Unas columnas enfurecidas de polvo y restos salían despedidas a cientos de metros por el impacto de los rayos y surcaban el firmamento sobre la ciudad. Una nube de fuego con forma de seta erupcionó en las afueras destrozadas, seguida de otra más, con los fragmentos de piedra flotando en las corrientes de aire retorcidas y en el efecto magnético contorsionado. Una ráfaga de viento dura y con sabor metálico sopló con fuerza desde las montañas, y los elementos mecánicos de su armadura gimieron a modo de protesta.

—Deberíamos despegar ya —dijo Phosis T'kar.

—Ya vendrá. Y, si no, la tormenta tampoco le hará nada.

—Eso no lo sabes. ¿Qué es lo que sabemos sobre él de verdad? ¿Qué sabemos de lo que puede hacer o resistir? Casi no lo conocemos.

Atharva no respondió. Que su hermano tuviera razón solo hacía que fuera más reacio a admitir su ignorancia. La Stormbird vibraba con la energía acumulada mientras el piloto la mantenía en la superficie con un ligero toque, lista para despegar en un instante.

—Da la orden —indicó Phosis T'kar.

—Aún no.

Los chapiteles más altos de Zharrukin se mecían y gruñían según los refuerzos del interior de la piedra quedaban arrancados y retorcidos por los potentes campos de fuerza magnética que se alternaban. La piedra y el acero se pelaba de los edificios y salía volando hacia la tormenta a lomos del viento caldeado que azotaba la cañonera. El polvo se arremolinaba en el interior del compartimento de tropas de la Stormbird y formaba vórtices de significado geomántico.

El pinganillo que llevaba en el casco soltó un pitido: un mensaje de parte de la señora Ashkali.

—*¡Señor Atharva! Tenemos que despegar. ¡Y ya!*

Asintió para sí mismo antes de contestarle:

—Idos. Salid de aquí. Os seguiremos de cerca.

—¡Más te vale!

Los dos transportes de clase Cervantes alzaron el vuelo sobre los chorros de fuego de los propulsores, meciéndose y sacudiéndose con fuerza, como si el viento de la tormenta tratara de impedir su huida. La primera nave despegó a sotavento de una estructura destrozada que la protegía de la peor parte de la corriente, el piloto estabilizó los motores y Atharva la perdió de vista conforme unas nubes de color ocre oxidado se acercaban.

La segunda nave no tuvo tanta suerte.

Se retorció cuando una fuerte ráfaga magnética tiró de su ala de estribor hacia abajo y le hundió el metal del casco. Los cambios de polaridad ultrarrápidos la hicieron girar sobre sí misma como una hoja en un huracán; se quedó de lado y se dirigió a toda prisa hacia el suelo. Hacia una destrucción segura.

Atharva se sumergió de golpe en la segunda Enumeración.

Una energía cinética pura fluyó a través de él.

Se aferró al transporte en apuros con su energía.

+¡Ayúdame!+, soltó en un grito psíquico.

Phosis T'kar acudió a su lado un instante más tarde, con las manos estiradas para desatar su energía con él. El teniente de Atharva practicaba las artes cinéticas, y su sigilo del Culto Raptora relucía ante el parpadeo de los rayos.

Entre los dos, lograron frenar la caída descontrolada del transporte.

Atharva y Phosis T'kar giraron las muñecas con una sincronía perfecta para moldear la energía cinética a su voluntad. El transporte imitó sus movimientos y rotó como el plano de un diseñador cuando lo manipula de forma táctil. Sus motores destellaron conforme el piloto les destinaba toda la energía que podía.

+Suéltala+, dijo Atharva.

Phosis T'kar y él soltaron el transporte.

Y este salió disparado hacia el firmamento, como la piedra de una honda.

Un dolor reverberante le recorrió el cuerpo y le caló en los huesos, un dolor que iba a tener que resistir más adelante, multiplicado por diez. Soltó un aliento cargado y se bajó de la rampa de la Stormbird. Captó la confusión de Phosis T'kar.

—¿Qué haces? —le preguntó su teniente—. Vuelve a bordo.

—Volved a Calaena de inmediato —repuso Atharva entre dientes ensangrentados—. Ayudad a los miembros de la Cuarta Legión con la evacuación. Volveré cuando pueda.

Phosis T'kar negó con la cabeza y colocó la palma de la mano en el mecanismo de cierre.

—Voy a cerrar, pero no nos iremos sin ti y sin el primarca.

Atharva notó la determinación en el aura del teniente y supo que cualquier argumento que pudiera blandir contra aquella idea iba a ser en vano.

—En ese caso, intentaré no tardar mucho —dijo.

Unos huracanes de polvo abrasivo le arrancaban la pintura de la armadura en unas líneas plateadas conforme se volvía hacia la ciudad en la que aguardaba su señor.

«Si es que sigue con vida.»

¿Acaso había algo capaz de sobrevivir a unas condiciones tan perjudiciales para la vida?

Como respuesta, las nubes se separaron, y una silueta colosal rodeada de un fuego multicolor surgió de la tormenta.

Se trataba de un gigante de armadura escarlata y dorada, un guerrero y erudito en una misma persona. Su servoarmadura dorada la habían fabricado los mejores armeros de Terra y era una obra maestra de cuernos retorcidos, músculos esculpidos, leones tallados y grabados elegantes. Una falda de cuero le colgaba hasta las rodillas, y llevaba una espada de hoja curva hecha de sedacero de Prospero colgada del cinturón, junto a un tomo colosal de información psíquica.

+Mi señor+, dijo Atharva con su voz psíquica.

Magnus el Rojo era un ser forjado de la furia y la maravilla, con un rostro que era una mezcla de rasgos que Atharva no había sido capaz de fijar en su mente del todo. Se trataba de un atributo desconcertante en un líder, uno al que le iba a costar acostumbrarse.

No sabía si se había acostumbrado ya.

El fuego psíquico del aura magnífica del primarca mantenía la furia de la tormenta a raya; a juzgar por lo poco que le afectaba, Magnus bien podría haber estado paseando por uno de los jardines llenos de esculturas que había en Tizca. Tres servidores lo seguían, cada uno de ellos tirando de una plataforma gravitatoria de costados altos.

+Un poco justo de tiempo, ¿no creéis?+, le preguntó Atharva.

El primarca alzó la mirada, como si no se hubiera dado cuenta de la tormenta hasta entonces.

+Es que no había acabado aún+, repuso Magnus.

Zharrukin se resistió a la huida de la Stormbird.

Unos vórtices magnéticos le destrozaron la parte inferior al tiempo que el viento rencoroso arremetía contra el fuselaje y le lanzaba restos voladores. Los motores de la cañonera ardían de color azul por la intensidad y su superestructura chirriaba como si estuviera a punto de destrozarse por completo.

Atharva notó que se alejaban de la superficie con una sacudida vertiginosa y se dio en la cabeza contra un soporte conforme la tormenta trataba de aplastarlos. Aunque el piloto se valió de toda la pericia que había acumulado, en ocasiones resultaba imposible ganar ante algunos adversarios.

Unos vientos huracanados entraron con un aullido en la Stormbird cuando una parte de su fuselaje se peló como una capa de papel. Las chispas y explosiones recorrieron toda la cañonera como una cascada según los estallidos electromagnéticos freían los circuitos y los mecanismos de control de su estructura.

+¡Perdemos la energía de los motores!+

El metal destrozado quedó arrancado de un costado de la cañonera según el morro se hundía hacia la superficie una vez más. Phosis T'kar lanzó un escudo cinético hacia la brecha, y el ruido del viento se desvaneció. La Stormbird se inclinó hacia delante, girada sobre su eje central, y Atharva vio que las ruinas destrozadas de Zharrukin se acercaban cada vez más. Las ráfagas magnéticas arrancaban edificios ancestrales de su base y los lanzaban unos contra otros como un niño haciendo chocar juguetes entre sí.

Y entonces, un instante antes del impacto, la cañonera se enderezó.

El mismo fuego caleidoscópico que había envuelto a Magnus en lo que salía de las ruinas ardía al otro lado de la brecha.

Atharva apartó la mirada del infierno de la tormenta que tenían debajo para posarla donde estaba el primarca, en la proa de la cañonera, con una mano sobre su gran libro. Su aura relucía con una luz intensa, demasiado radiante como para mirarla directamente. Llenaba el interior de la cañonera con una energía de semejante magnitud que hacía que la suya pareciera insignificante.

Que su nuevo líder era un maestro de las artes psíquicas había sido algo obvio desde que Atharva lo había visto por primera vez.

Solo que aquello era excepcional.

—Llévanos a casa, piloto —ordenó Magnus.

La Stormbird no tardó en alcanzar a los transportes Cervantes, más lentos, y el piloto frenó. Atharva notó que la cañonera no estaba dispuesta a ralentizar la marcha, pues su denominación y corazón de cazador se mostraban reacios a ir al paso de unas naves tan torpes.

El fuego de más allá del fuselaje roto se desvaneció cuando

la cañonera se alejó del alcance de la tormenta, aunque Phosis T'kar mantuvo el escudo cinético activo hasta que alcanzaron Calaena, la capital del planeta.

La cañonera sobrevoló la ciudad en círculos mientras esperaba permiso para adentrarse en su espacio aéreo, tan repleto de naves que resultaba peligroso. En lo que Magnus hablaba con el piloto, Atharva examinó la ciudad de la superficie como haría un hombre con un hormiguero lleno a rebosar.

Calaena era un centro de comercio próspero construido en la desembocadura del valle del río recto que se originaba a las afueras de Zharrukin. En aquel lugar, el valle se ensanchaba hasta formar una cuenca enorme rodeada de acantilados altos a tres lados y con un mar de color verde botella en el cuarto. Los edificios de Calaena eran más antiguos que cualquier otro de los que Atharva hubiera visto en sus viajes desde Terra: basílicas gloriosas con cúpulas, torres rotatorias de cristal fototrópico, librerías colosales y distritos comerciales ajetreados que recibían embarcaciones de otros mundos y cargueros que surcaban los mares de Lucero.

Una complicada red de rutas de tránsito, plataformas magnéticas y vías retorcidas convergían en Calaena desde todas las direcciones, todas ellas sobrecargadas de tráfico que se dirigía a la ciudad. Los vehículos se apretujaban unos contra otros y los miles de habitantes del planeta caminaban por las autopistas congestionadas: refugiados que cargaban con todas sus pertenencias con la esperanza de conseguir un transporte para salir del planeta.

La ciudad en sí solía albergar a unas setenta mil almas, pero, con la evacuación planetaria en marcha, había alcanzado una población de tres cuartos de millón y crecía con cada día que pasaba.

El firmamento de Calaena se asemejaba a una colmena de insectos que respondía a un ataque. Enjambres de embarcaciones rodeaban las afueras de la ciudad, y mil más se alzaban en unas

trayectorias muy bien planificadas desde la torre de control de Vashti Eshkol, en el límite de su espaciopuerto junto a la costa.

Cada nave capaz de un vuelo transorbital se había puesto en servicio para transportar a la población de Lucero a las naves ancladas en la órbita baja. Las barcas agrícolas habían pasado a cargar con personas, en lugar de barriles de papilla proteínica y cultivos modificados genéticamente, mientras que los cubículos de los cargueros de ganado estaban llenos de hombres y mujeres que llevaban a la vida, en lugar de al matadero.

Los accidentes estaban a la orden del día porque los pilotos desesperados alzaban el vuelo en contra de las órdenes de Vashti. En la mayoría de las ocasiones lograban redirigirlos con un vínculo electromagnético o (como ocurrió en un despegue no autorizado) los derribaban por encima del mar mediante las torretas de defensa del espaciopuerto, para evitar un efecto cascada letal de colisiones e impactos.

En el centro del espaciopuerto se encontraba el *Lux Ferem*, un transporte de masa titánico que procedía de una era olvidada de la exploración espacial, cuando se esperaba que aquellos leviatanes estelares aterrizaran y pasaran a formar parte de la infraestructura de un planeta recién colonizado. El arte de una tecnología perdida había proporcionado energía a unos generadores repulsores muy poderosos que tenía en su casco de mil metros de longitud, por lo que aquella nave, que no debería haber sido capaz de sobrevivir a la entrada en atmósfera, podía aterrizar y volver a las estrellas.

Su enorme masa soltaba el calor conforme los prebostes y legionarios dirigían a los civiles asustados hacia las rampas de embarque: sesenta mil hasta el momento, y aún quedaban cincuenta mil más.

Unas torres recién construidas en los acantilados de la periferia de la ciudad minimizaban el impacto de los elementos magnéticos de la zona, pero ni siquiera el genio técnico con el

que estaban construidas era capaz de mantener la zona completamente estable. Cada una de ellas era un adefesio patente, al menos según lo veía Atharva: una construcción cuadrada y llena de remaches, hecha de vigas sin pintar y repleta de franjas de advertencia amarillas y negras.

Los arquitectos de aquellas torres habían aterrizado en el planeta apenas un mes después de la llegada de los Thousand Sons y, aun así, ya habían dejado una marca indeleble en Lucero. Todo el acantilado occidental había quedado esculpido hasta formar una ciudadela negra como el basalto, conocida como el Sharei Maveth, con su altura entera transformada en un baluarte inexpugnable y la roca de su interior destrozada, cortada y quemada hasta formar galerías defensivas, parapetos amplios, troneras y emplazamientos de macrocañón.

Fue en dirección a aquel bastión lúgubre que la Stormbird dirigió su proa cuando recibieron el último visto bueno para acercarse: una trayectoria angosta que pasaba en medio del firmamento repleto de naves. Lo más seguro era que desviarse de las maniobras prescritas, aunque fuera por una fracción, fuera a resultar en una colisión en pleno vuelo.

Atharva estiró el cuello para echar un buen vistazo al Sharei Maveth conforme la cañonera descendía a través del pantano de naves. Su construcción gozaba de una precisión matemática y, aun así, contenía una belleza orgullosa y marcial. Sus torres acababan en unos pináculos decorativos, sus armas fijas contaban con embellecedores que no aportaban ninguna función y sus puertas tenían unos frescos grabados que indicaban la mente de un artista atada por la practicidad.

—A mi hermano le gusta dejar las cosas claras —comentó Magnus, según volvía al compartimento de la tripulación.

A Atharva le costaba comprender que su padre genético tuviera un hermano, por lo que mucho más el hecho de que fuera uno de doce. Que un individuo tan singular tuviera a

tantos otros similares le parecía absurdo, como si un panteón de semidioses hubiera decidido abandonar su hogar divino para participar en la vida de los mortales.

Si bien no había visto a ninguno de los hermanos de su padre, sí que había oído hablar de sus hazañas. Las leyendas de los primarcas se propagaban por las flotas de la cruzada: historias de victorias imposibles y logros heroicos que Atharva bien podría haber pasado por alto al considerarlos llenos de hipérbole.

Solo que, al haber visto a su primarca en acción, sabía que no era así.

—¿Lo ha construido en un solo día? —quiso saber Atharva.

—Así es —confirmó el primarca—. Aunque, si nos dieran rienda suelta, nosotros podríamos conseguir algo mejor en menos tiempo.

—¿Ah, sí?

—Por supuesto —contestó Magnus, con una mirada curiosa.

La Stormbird giró sobre su eje por encima de una de las plataformas de aterrizaje, y Atharva oyó el chirrido de las garras de aterrizaje al desplegarse. Las torretas que los rodeaban siguieron el movimiento de la cañonera, lo cual lo hizo fruncir el ceño por la intención hostil que notó en el interior de todas ellas.

La nave crujió al aterrizar y la superestructura dañada se relajó. El sonido agudo de los motores se alzó cuando el piloto los dejó sin energía, y Atharva soltó un suspiro de alivio.

Los Thousand Sons se retiraron el arnés y comenzaron a prepararse para el desembarco conforme la rampa de asalto frontal descendía con el chirrido de los mecanismos que protestaban.

—Acompáñame, Atharva —le indicó Magnus—. Ven a conocer a mi hermano de Olympus.

Atharva solo fue capaz de recordar bien su primer encuentro con Perturabo de los Iron Warriors más adelante.

La lluvia empezó a caer cuando salió del interior de la

Stormbird herida, una lluvia dura y afilada que le rebotaba en la armadura y le limpiaba el polvo de Zharrukin. Unas luces fluorescentes brillantes de las troneras cubrían la plataforma e iluminaban cada gota, las cuales parecían caer a cámara lenta.

Cuatro figuras surgieron de la fortaleza y avanzaron a través de la lluvia: tres de ellas eran legionarios ataviados en una armadura colosal de hierro bruñido que parecía de color gris pizarra por las sombras de su entorno. Avanzaban hombro con hombro y cada uno de ellos portaba un escudo rectangular en el costado izquierdo y un gladio envainado y atado a la derecha.

Y delante de los tres iba Perturabo de Olympus.

Atharva casi se tropezó al ver al Señor del Hierro.

El primarca era un gigante cuyos rasgos bien podrían haber sido tallados de la misma roca que las montañas. Por encima de sus hombreras amplias se asomaba la empuñadura llena de cables de una espada ancha enorme, digna de los dioses de la guerra ancestrales. En un abrir y cerrar de ojos, las historias en las que Perturabo acababa con ejércitos enteros con un solo golpe ya no le parecían tan descabelladas.

Metido en las placas titánicas de la armadura de exterminador, era mucho más alto que sus guerreros y gozaba de una fuerza vasta e insondable, como un yunque cumuliforme. Se trataba de un poder directo y brutal, aunque carente de arrogancia, aligerado por unos rasgos francos que esbozaron una sonrisa al ver a Magnus.

—Los Meteorologicus temían que te hubiera llevado la tormenta magnética —dijo Perturabo, con una voz que arremetió el aire como los martillos de una forja sobre el metal candente—. Pero les he dicho que haría falta algo más que una tormenta capaz de asolar una ciudad entera para derribar a Magnus el Rojo.

—Si hubiéramos esperado un minuto más antes de salir de Zharrukin, habrían estado en lo cierto —contestó Magnus—.

Pero la información que he obtenido en ese último momento podría marcar la diferencia, hermano.

Los hermanos se dieron un abrazo, como bestias ataviadas en armadura que buscaban demostrar su dominio sobre un rival. Sin embargo, cuando se apartaron, Atharva no captó nada de rivalidad, sino una fraternidad compartida.

«“Hermano”. Esa palabra otra vez...»

Los primarcas eran muy distintos tanto en aspecto como en poder, tan opuestos que parecía una locura imaginar que tenían el mismo origen genético. Aun así, al mirarlos más de cerca, se captaba una pasión compartida por la habilidad artística y el conocimiento escondido, un amor por la belleza y el arte de crear maravillas.

Atharva pasó la mirada por la armadura de Perturabo y captó todas las curvas y líneas, cada detalle de un maestro artesano, junto con las muchas modificaciones que indicaban el toque de alguien cuyo conocimiento de la maquinaria no tenía parangón. En un momento de claridad, Atharva comprendió que había sido el propio primarca quien se había alterado la armadura.

Perturabo dijo algo más, solo que Atharva no estaba atento. Le llevó un instante darse cuenta de que no se había dirigido a su hermano, sino a él.

—¿Cómo decís, mi señor? —preguntó.

—Mi armadura —repitió el Señor del Hierro—. ¿Le ves algún fallo de fabricación?

—No, mi señor —repuso Atharva, por mucho que de repente le costara encontrar las palabras adecuadas, al estar frente a la mirada penetrante de un primarca, como un tala-dro—. Solo... Solo admiraba la artesanía. Los detalles son... bastante singulares.

—Dime lo que ves —le ordenó Perturabo.

Se le secó la boca de sopetón y tuvo que darse unos instantes para recobrar la compostura antes de contestar.

—Veo la artesanía del clan Terrawatt, con diseños anteriores a la Unidad y una maestría oriental —contestó, intentando que la mirada evaluadora del primarca no lo distrajera—. Veo un reflejo lejano de la artesanía narodnyana, aunque solo un reflejo. Los giros barrocos del plastrón y el gorjal me llevan a la conclusión de que las placas se fabricaron en las forjas del Jólát Siajl.

—Tienes buen ojo, Atharva —dijo Perturabo, y a Atharva le chocó ver que el primarca sabía cómo se llamaba—. ¿Qué más?

La miró más de cerca y vislumbró las letras enroscadas que recorrían los bordes de los guanteletes, placa pectoral, grebas y hombreras del primarca. A diferencia de lo que se había imaginado al principio, no eran marcas discretas del armero, sino una sola inscripción que se movía de pieza a pieza.

—Lleváis una secuencia de nomenclatura —contestó Atharva—. Similar a la de los Custodios del Emperador, aunque no reconozco el idioma.

—Es ur-fenicio —explicó el primarca—. Uno de los primeros idiomas conocidos de la humanidad. Este en concreto es un argot de la Vieja Tierra que se convirtió en el primer idioma de Olympia.

—¿Qué dice?

—Nada que quiera compartir —repuso Perturabo, volviéndose una vez más hacia su hermano, y Atharva experimentó una curiosa mezcla de alivio al librarse de una carga y arrepentimiento de no haber podido soportarla un poco más—. Bueno, hermano, ¿has encontrado algo en esas ruinas que haga que merezca la pena el precio que casi has pagado?

—El tiempo dirá —dijo Magnus, conforme los legionarios de los Thousand Sons se disponían a descargar la Stormbird. Los tecnomarines de la XV Legión y los adeptos del Mechanicum ya se estaban encargando de reparar los daños provocados por la tormenta, y las chispas de acetileno y de las máquinas de soldar magnéticas parpadeaban en su parte inferior.

Magnus hizo un ademán hacia las plataformas gravitatorias llenas de artefactos recuperados antes de seguir explicando.

—Hemos encontrado unos archivos sellados que contienen mucha información perteneciente a varios siglos antes de la Gran Cruzada. Cualquiera de ellos podría ser la clave para revelar por qué este planeta en concreto, de entre todos los demás del sistema, sobrevivió intacto al cataclismo de la Vieja Noche.

—¿Por qué te importa tanto esa información?

—Debería importarnos a todos —señaló Magnus.

—Tenemos cosas más urgentes de las que preocuparnos.

—Creo recordar que fuiste tú quien prácticamente me suplicó que me quedara otra hora más en Beocia para intentar encontrar la Biblioteca de Kadmus antes de que el infierno de promethium les prendiera fuego a las montañas —dijo Magnus con una expresión de superioridad burlona.

Perturabo sonrió ante el recuerdo compartido.

—Y no la encontramos, ¿verdad?

—No, y no hay ni un solo día en el que no me arrepienta de haberte negado esa hora extra.

—No te arrepientas de eso —dijo el Señor del Hierro—. El monte Citerón se sumió en las llamas desde la ladera hasta la cumbre diez minutos después de que nos marcháramos. Si nos hubiéramos quedado, no habríamos vivido para contarlo.

—Pero habríamos muerto iluminados por el conocimiento —repuso Magnus.

Perturabo hizo un ademán hacia el firmamento lleno de embarcaciones.

—No hemos venido a salvaguardar el conocimiento —dijo—. Sino a salvar vidas.

—Los dos son esenciales para el futuro —repuso Magnus.

—Sí, ahí llevas razón —asintió Perturabo—. Pero no sé yo cuál de los dos valoras más.